

Al otro lado de la vida

Explorando el fenómeno de la experiencia ante la cercanía de la muerte

Por Evelyn Elsaesser-Valarino

236 Págs.

1999

Ediciones internacionales universitarias, Madrid

ISBN 84-89893-82-9



Prólogo

KENNETH RING, Ph. D.

Profesor de Psicología de la Universidad de Connecticut, Storrs, Connecticut, Estados Unidos

El libro de Evelyn Elsaesser-Valarino *Al otro lado de la vida: explorando el fenómeno de la experiencia ante la cercanía de la muerte* es, por lo que yo sé, único y supone una contribución de valor esencial a la rápidamente creciente literatura relacionada con NDE.

En los últimos treinta años han aparecido más de cincuenta libros, publicados en diversos idiomas, que presentan los hechos esenciales acerca de estos fascinantes encuentros con la muerte. Están repletos de ejemplos y de casos de NDE. También se han editado numerosos volúmenes que exploran el fenómeno desde muy diversos puntos de vista, extendiéndose desde el estrecho y reduccionista, del científico al dogmático, del teólogo e incluso el desenfadadamente espiritual, todo ello dependiendo del particular punto de vista del autor.

Hasta la aparición del libro de Evelyn Elsaesser-Valarino se echaba de menos entre esta literatura una obra de estas características. Este libro supone un examen reflexivo y penetrante, desde el punto de vista teórico y filosófico de las NDE y sus implicaciones. Han contribuido a ello personas que han alcanzado una posición profesional destacada en diversos campos de la ciencia – biología, neurofisiología, física – además de otras que lo han hecho en los de la filosofía o del pensamiento religioso.

Con este libro su autora ofrece, a todos aquellos que tengan interés serio en esta materia, la posibilidad de enfrentarse y reflexionar sobre las opiniones de un amplio y distinguido grupo de intelectuales e investigadores, quienes nos manifiestan sus meditaciones sobre este fenómeno desde el punto de vista de su especialidad profesional.

El resultado es una aproximación interdisciplinaria extremadamente estimulante a la comprensión teórica de las NDE. La misma ofrece un nivel de claridad intelectual a

esta experiencia que ningún trabajo previo sobre esta materia ha alcanzado. Por todo ello, tiene used entre sus manos un libro que, estoy seguro, será referencia obligada en esta materia durante años para cualquier interesado en familiarizarse con los análisis más perspicaces sobre la naturaleza y significado de la propia NDE.

Aunque muchos de los conceptos presentados en esta obra acerca del carácter de las experiencias de muerte inminente, del funcionamiento del cerebro y de la conciencia pueden resultar a veces un poco abstrusos, *Al otro lado de la vida* resulta en su conjunto muy asequible para el lector de la calle por la forma en que su información es presentada; por ejemplo, en lugar de que cada colaborador escribiese un capítulo desde su punto de vista profesional, lo que Evelyn Elsaesser-Valarino ha hecho, y lo ha hecho magistralmente, ha sido entrevistar a cada uno de sus colaboradores. Las entrevistas resultantes tienen la chispeante inmediatez de la conversación surgida entre un entrevistador reflexivo, que sabe a donde quiere llegar, y un entrevistado, que se siente feliz por haber captado su atención (y la del lector accidental) conforme nos hace discurrir sobre su conocimiento y perspectiva.

Al reunir a este grupo de investigadores y comentaristas del fenómeno NDE, Evelyn Elsaesser-Valarino ha hecho un gran servicio al campo de los estudios de NDE, y su libro, sin ninguna duda, supondrá para aquellos profesionales que lo lean un acicate no solo para tomarse en serio este tema, sino para estudiar el fenómeno en si. En consecuencia, el campo de los estudios de las NDE saldrá reforzado al captar el interés de investigadores e intelectuales de la filosofía, ciencia, medicina, psicología, y estudiosos del pensamiento religioso, además de otros campos que también tienen algo que decir a nuestra comprensión de que es eso que se entrevé a través de la ventana de la muerte, que nos ha sido revelado a todos por la moderna tecnología médica de reanimación.

El gran escritor norteamericano Hernan Melville, en la mas conocida de sus obras, *Moby Dick*, señalaba: «Y la cercanía de la muerte, la cual nos iguala a todos de la misma manera, nos impresiona a todos con una última revelación, revelación que tan solo una persona que volviese de la muerte podría contar». Estas personas que volvian de la muerte, las cuales Melville tan solo podia imaginar en el siglo XIX, son ahora las miles de personas que en nuestros dias han regresado para hablarnos del carácter revelatorio de sus NDE. Estas historias nos inspiran, nos desconciertan, nos sorprenden..., pero no pueden seguir sien' do ignoradas. Nuestra tarea es intentar comprenderlas, ver como ocurren y que significan. Para lograr este objetivo, el libro que Evelyn Elsaesser-Valarino ha escrito es un paso de gigante en nuestro viaje infinito en esa búsqueda del descubrimiento de los secretos últimos de la muerte y la vida.

Prólogo a la edición española por el profesor

AQUILINO POLAINO

Pocas veces, como en esta ocasión, he encontrado más dificultades para resistirme a aceptar la responsabilidad de prologar o hacer una introducción a una publicación. En este momento, ninguna realidad me atañe e interpela tanto como la experiencia de muerte inminente (NDE, en lo sucesivo).

Mientras se escriben estas líneas se cumplen exactamente veinte años, desde que el autor de ellas estaba «fuera de combate», inerte, en una unidad de cuidados intensivos, sin que los médicos intensivistas que le atendieron —y a los que está tan profundamente agradecido— pudieran emitir algún pronóstico consolador. El accidente que sufrió fue de tal magnitud que las manifestaciones clínicas del coma que padeció, durante casi una semana, sólo permitían aventurar el peor de los pronósticos.

De todo ello el autor ha dado cumplida cuenta y razón en una publicación reciente (*Una vida robada a la muerte. Vivencias de un psiquiatra ante su propia muerte*, Barcelona, 1997). Pero aunque en su «caso» no se dieron muchas de las manifestaciones que, según se sostiene en esta obra, suelen caracterizar a las NDE, no obstante, algunas de ellas sí que emergieron de una u otra forma, aunque incompletas y matizadas, además de siempre innovadoras e inauditas para quien así las experimentó.

¿Quién podría negarse a escribir este prólogo, si ésas fueren las circunstancias por las que atravesó?, ¿en qué razones fundamentar esa negativa, toda vez que el contenido de tal propuesta hace «diana» en la tarea de la nueva vida de superviviente, de esa «vida-prórroga», que al fin parece habersele concedido?

Ten la seguridad, querido lector, que aunque no sepa qué habrías hecho tú, a mí al menos me resultó imposible decir que no. Accedí a ello con la docilidad (¿involuntaria, tal vez?) de quien está cautivo en su propia historia personal y sometido a un «imperativo categórico y vital», más fuerte que uno mismo. Esto es lo que justifica, a mis ojos, el que me haya decidido a formar parte de tal aventura fascinante, surgida en las orillas inseguras, movedizas y siempre ignotas de la experiencia humana del morir y de la muerte.

Amigo lector, en las líneas que siguen encontrarás un estudio transdisciplinar, siempre ameno e inquietante, acerca de lo que experimentaron algunas personas, en cuyas vidas hubieron de habérselas con la muerte y cuyas biografías, a partir de entonces, quedaron marcadas, de una u otra forma, por la impronta de aquella experiencia.

Los puntos de vista que sostienen en esta publicación los diversos autores son, a qué dudarlo, muy diferentes: desde la física cuántica a la medicina, de la psicología y psiquiatría a la físico-química e ingeniería electromecánica, de la inmunología a la neurofisiología además de, por supuesto, la filosofía de la ciencia y la religión. Cada uno de ellos encara un peculiar punto de vista, lo que forzosamente contribuye a enriquecer la diversidad de las perspectivas aquí adoptadas. Hay algo común, sin embargo, que como un hilo conductor une a todos ellos: el estudio de estos hechos —tal y como lo avalan, a este respecto, sus numerosas publicaciones—, y la relevancia de su respectivo prestigio científico es la materia en que son especialistas.

Aunque numerosos autores consideran que sólo el 30 por ciento de las personas que han sufrido la experiencia de una muerte inminente recuerdan lo

que experimentaron en aquellas circunstancias, no obstante —con independencia de cuál sea esta proporción—, el hecho es que, sólo entre los norteamericanos, alrededor de miles de personas sufren cada año estas experiencias.

Nada tiene de particular, por ello, que en este texto se hagan intervenir los relatos de las numerosas personas que fueron estudiadas. La presentación dialógica por la autora de muchas de estas aportaciones, en forma de entrevistas, constituye un acierto importante, por cuanto que aligera su lectura y alivia el esfuerzo que ha de realizar el lector.

No sería sincero, quien esto escribe, si pusiera aquí punto y final a este prólogo. Es menester hacer algunas matizaciones que avisen al lector de lo que va a encontrar en las páginas que siguen, sin por ello satanizarlas, divinizarlas o condenarlas a la indiferencia escéptica o cínica. Es sólo una cuestión de honradez intelectual: afirmar lo que, urgido en estos momentos por mi experiencia personal, en modo alguno me es posible silenciar.

El actual racionalismo y positivismo —el cientismo— han infravalorado y banalizado las emociones. Se ha vuelto la espalda al mundo afectivo, como si éste no formara parte —y una parte irrenunciable, por lo que aporta al dinamismo cognitivo— de la razón. De aquí que debemos preguntarnos acerca de lo que late subrepticamente en estas experiencias. ¿Corazón o cabeza? ¿Pasión o razón? ¿Qué resulta más determinante para el comportamiento humano?

Y con independencia de cuál de estas instancias sea la que resulta más comprometida en estos fenómenos, ¿tendría algo de particular que tras sufrir una NDE, se modificase radical y profundamente el talante afectivo de la persona?

Hay muchos relatos en que esta hipótesis queda verificada. El autor mismo de este prólogo pudo verificarlo y ha dado ya testimonio de la experiencia personal que, a este respecto, vivió. Por supuesto que no hay por qué separar cabeza y corazón, sólo que en ocasiones la NDE se experimenta más en el ámbito afectivo que cognitivo. En todo caso, cualquiera que fuere el ámbito donde la NDE impacta más frontalmente, el hecho es que se producen cambios afectivos y cognitivos en las personas que sufren estas experiencias.

En lo que a este autor se refiere he de reconocer que la NDE por mí sufrida constituyó uno de esos encuentros inefables e incommunicables que no pueden, por consiguiente, ser comparados con los demás, en modo alguno. Sí, he de añadir, que experimentó la más cálida inmersión en una atmósfera completamente saturada de afecto, acogida, benevolencia y liberación. ¡Le costó tanto salir de allí! Pero no tanto porque se sintiera aisladamente complacido en su yo. No. Allí estabais presentes todos y también la totalidad de su vida, su entera biografía, pero no en forma de un recuerdo fílmico e instantáneo, sino unos y otros en interacción continua, configurando el esqueletarse de ese eje continuativo en que se vertebra cada vivir humano personal.

Ningún acontecimiento de su vivir le fue ahorrado o endulcorado. Todos los hechos tenían esa patencia de la realidad verdadera. Sólo que suavizados por una mansedumbre desconocida, aceptante y pronta a la mejor de las acogidas.

Cierto que la corteza cerebral es condición posibilitadora de las manifestaciones de la conciencia y voluntad humanas. Pero ni la una ni la otra son producidas por ellas. Ciertamente formando parte de la conciencia —como desvaída en su periferia—, comparece también el ámbito que se ha dado en llamar el inconsciente. Sin embargo, ni la una ni la otra disponen de la necesaria robustez como para dotar del suficiente alcance explicativo a los hechos que se concitan en lo que hoy se conoce como experiencia de muerte inminente (NDE).

Desde luego, tales acontecimientos no pueden despacharse psicopatológicamente sin más, etiquetándolos con el término de alucinación, entre otras

cosas, porque las notas psicológicas que los caracterizan no coinciden con los requisitos imprescindibles que han de satisfacerse a propósito de las alucinaciones (confrontar mi libro *Psicología patológica*, 8.^a ed., Madrid, 1996).

De otra parte, podría apelarse a la imaginación del paciente, pero los relatos nos manifiestan que, en modo alguno son vivenciados según lo que es propio de las meras fantasías. Además, ¿de dónde vendrían esas fantasías, si la «máquina de imaginar» que, según parece, las hace posibles, no manifiesta actividad cerebral alguna?

Es posible que las vivencias, que nos comunican quienes han vivido una NDE, estén acuñadas sólo en el espíritu. En nuestra actual sociedad hay demasiados intereses maniqueos, al atribuir ciertos fenómenos, bien a la materia, bien al espíritu. Pero la persona es una y única. Su espíritu, en tanto que persona viva, está siempre encarnado. Su cuerpo, en tanto que tal persona viva, es siempre un cuerpo espiritualizado.

De hecho, a nadie se le ocurriría confundir un cuerpo muerto con una persona. Sencillamente, porque un cuerpo no espiritualizado, un cuerpo muerto, no es una persona, sino apenas el cadáver de la persona de la que ese cuerpo formó parte. Y, con todo derecho, como huella vestigial que el cadáver es de la persona que fue, es lógico que se le trate con el respeto debido. Pero entiéndase que un cadáver no es una persona.

De otra parte, un espíritu desencarnado, desvitalizado y arrancado de la carne, a la que vivifica y anima, nos resulta apenas comprensible, algo así como aquel extraviado intelectual que se hubiera perdido en las palabras e ignorante, vagase por la realidad de la que él mismo, sin saberlo, forma parte.

Considero que este argumento está más puesto en razón que los «dualismos» chatos y sin relieve, de los que derivan las teorías materialistas, immanentistas, panteístas o transcendentalistas.

La persona es espíritu encarnado al mismo tiempo que carne espiritualizada, abierta al conocimiento de la verdad, que es eterna, y al continuo autoperfeccionamiento. Y, en esas circunstancias, es comprensible que a la razón le repugne y se resista por ello a entender cómo una persona, un ser que ha estado continuamente perfeccionándose, pueda al final desaparecer.

Además, lo más perfecto y conveniente al alma —contra lo que sostienen los maniqueos— es estar unida, encarnarse en el cuerpo que vivifica. Separada del cuerpo, el alma experimenta un estado más imperfecto, por cuanto que no vivifica la materia a la que desde siempre estuvo destinada y, en buena parte, constituyó su razón de ser.

De otro lado, hay ciertas opciones que parecen anidar en el monismo fisicalista, como si la conciencia humana fuera una segregación, un producto, un mero resultado producido por el cerebro. Una cosa es que la integridad física-cerebral sea condición necesaria de la posibilidad de la conciencia humana y otra muy diferente que sea la condición suficiente. No, la conciencia necesita, obviamente, de la integridad psicofísica cerebral. Pero esa necesidad no la hace ni una excrescencia ni algo radicalmente dependiente del cerebro.

El hombre sabe que sabe, y ese segundo saber acerca del primer saber, es al fin un saber tal que, siendo necesariamente encarnado, es por su naturaleza forzosamente transnatural. La conciencia que de la conciencia se tiene es algo inmaterial, que en modo alguno puede subordinarse a una instancia material subordinante, como es el cerebro. De aquí que no se pueda localizar la conciencia en el ámbito del cerebro, a pesar de la impronta que en las neurociencias dejaron las teorías topológicas y las localizacionistas de finales del pasado siglo.

En la actualidad, algunos de los neuropsicofisiólogos más relevantes han abandonado las hipótesis decimonónicas que sostenían que el cerebro era la sede de la conciencia. No obstante, hoy como ayer, parece preferirse el empleo

de un lenguaje metafórico para «explicar» las relaciones existentes entre conciencia y cerebro/Así las cosas, hoy se hace gala de la metáfora del «ordenador», a cuyo través el cerebro se explica como un mero «descodificador» de la conciencia. Pero la explicación así ofrecida no acaba de explicar casi nada. ¿Puede acaso tomarse como una explicación cabal?

De una parte, si desde la perspectiva de la neurología, en la NDE el cerebro está en un estado no funcional —EEG plano, por ejemplo—, ¿cómo se producen estas descodificaciones?, ¿a quién podemos atribuir las: al cuerpo o al espíritu?, ¿no estaremos acaso ante manifestaciones que son más propias de una psicología sin cuerpo?, ¿es esto posible?, ¿disponemos de alguna explicación para ello? Y si, como es el caso, no disponemos de ninguna, ¿de dónde surgen la robustez y fortaleza de las convicciones de las personas que han sobrevivido, convicciones que en absoluto son modificables por los datos aportados por la comunidad científica?

De otra, los mismos conocimientos neurológicos de que actualmente disponemos se nos presentan como resueltamente sospechosos. ¿Qué aconsejan los protocolos de intervención ante un enfermo en estado de coma?, ¿hasta cuándo es menester esperar para tomar decisiones?, ¿un mes, medio año, varios años?, ¿cuál es el criterio temporal para poder etiquetar la intervención terapéutica que se está llevando a cabo como «ensañamiento terapéutico»? ¿cómo explicar, entonces, las relativamente numerosas personas que fueron reanimadas, integrándose por completo a sus anteriores actividades, tras varios años de permanecer en estado de «coma irreversible»? ¿en qué se funda, de qué criterios disponemos para establecer el concepto agorero y fatal de irreversibilidad?, ¿sabe acaso el clínico dónde ha de detener su intervención, en función de que aquel cerebro no funcione o de que esté muerto?

Sea como fuere, el hecho es que muchas de las vidas de las personas que sufren estas experiencias, resultan por ellas transformadas. ¿Transformadas en qué? En algo muy difícil de transmitir, dado su carácter proteico y complejo, que podría resumirse —no sin cierto modo traicionarlo— en la energía de una nueva sensibilidad respecto de los valores de su arco motivacional, especialmente de aquellos encaminados a ayudar a cuantos, en lo sucesivo, se crucen en su camino, lo que en cierto modo supone una *aletheia* y una *metanoia* —el descubrimiento de la verdad y una cierta conversión a ella—, que constituye la eclosión emergente de una nueva orientación para sus respectivas vidas.

El acontecimiento que se ha tenido el privilegio de vivir —para, a partir de él, reanudar la misma vida o iniciar otra— deja más o menos grabada una garra en la hechura vital que ha de seguirse en adelante. Una hechura que resulta *vigorizada y fortalecida*, al mismo tiempo que *debilitada*.

Debilitada en lo que la vida humana tiene de egótica, de servidumbre al propio yo, de acentuar con demasiado énfasis la subordinación de todo cuanto nos rodea al propio «ego». Pero, al mismo tiempo, la nueva andadura vital surge de aquí *vigorizada y fortalecida*.

Fortalecida en lo relativo al temor a la muerte, al hecho de ayudar a los demás, a percatarse de que cada «tú» es «yo», otro «yo» al que nada de lo que cada uno hace resulta indiferente, porque toda libertad es interdependiente y cada persona ha de hacerse a sí misma, pero a sabiendas de que nadie será quien es sin la ayuda de los demás.

Por último, la nueva andadura resulta también *vigorizada* por una mayor y mejor aceptación de sí mismo —y, por tanto, su centramiento, su cordura— está fuera de él, está en los demás. La propia felicidad está siempre en los otros. Es la apertura hacia ellos la que nos encamina hacia la consecución de la anhelada felicidad personal. La puerta de la felicidad se abre con una llave que no nos pertenece, porque subyace escondida en las vidas de quienes nos rodean.

La experiencia de una muerte inminente transforma el horizonte personal y nos encamina, casi sin quererlo, a muchos de quienes hemos sido por ella concitados a vivir más poética y religiosamente nuestras vidas. Y es que, como escribió Kierkegaard, «la poesía es la ilusión antes del conocimiento. La poesía, la religiosidad suprimen el "vaudeville" de la sabiduría mundana del vivir. Todo individuo que no vive poética o religiosamente es tonto».

La NDE se presenta así como esa «segunda oportunidad» que se nos concede para vivir con mayor verdad, para autentizar al ser que somos, en definitiva, para realizar y satisfacer una vida en plenitud de manera que, mientras que alcanzamos el propio destino, seamos, ahora y luego, felices.